

UNA COMUNIDAD MARINERA EN CRISIS

FERNANDO GONZALEZ

Apenas sobrepasada la baliza de Punta Cabicastro y mientras aumenta sensiblemente el oleaje, el Mar del Plata enfila, cabeceando, la isla de Ons. Utiliza inevitablemente como referencia el faro de la propia isla, que asoma sobre el imaginario lomo de cetáceo en reposo perpetuo con el que se presenta Ons para el viajero. Al Sur, reaparece la cola del cachalote inmóvil en forma de islote. En las cartas marinas figura como isla de Onza, pero la terminología marinera al uso —con despliegue de esas silbantes características de las Rías Bajas— la denomina "Onseta". En cualquier caso supone, el islote, un magnífico remate a la mole horizontal de Ons, que se alza como la última barrera entre la costa y el Atlántico.

El Mar del Plata, sorteando la marejadilla, marcha a toda máquina con un tenaz balanceo. El Mar del Plata aparenta unos siete metros de eslora, alberga un agonizante motor de dieciséis caballos —que impregna a la embarcación de un pegajoso olor a gas-oil— y alza su puente repintado en un inimitable azul, "como o manto da purísima, mismamente señor", según aclara su patrón, Emilio. El Mar del Plata, a golpes de timón y con gran revuelo de boyas, prueba suerte cada noche con el palangre (cuatrocientos metros de sedal y más de ciento veinticinco anzuelos). En el Mar del Plata se vive de y para el congrio. Tien-de sus artes en el atardecer y las recoge con la amanecida. Pesa a su matrícula de Villagarcía de Arosa, tiene recalada habitual en Portonovo, y a su patrón, Emilio, o a su ayudante, Chiño, se les puede ver con las primeras luces sacudiéndose con aguardiente de orujo —"pra ire desperto ao traballo"— acodados en las barricas del bar de Peirao, en los muelles de Portonovo. El Mar del Plata, con algunos cientos de embarcaciones más, forma parte de la flota costera de las Rías Bajas.

Entre las islas del litoral más meridional de Galicia —las Rías Bajas hasta la desembocadura del Miño en la raya de Portugal— la de Ons sobresale por su tamaño y cualidades. "Eille moi favorecida d'augas", comenta Emilio, refiriéndose a las numerosas fuentes que manan en sus laderas. Tendida de Norte a Sur supone un pétreo dique que remansa el oleaje y defiende de vientos la entrada de la ría de Pontevedra. Al igual que sus gemelas, las Cies (monte Agudo o Norte y San Martiño do Sur) en la ría de Vigo, Ons, presenta una cara abrupta al mar abierto (los nativos isleños la denominan "a de fora") y unos suaves declives con abundante arboleda y vegetación en su vertiente Este ("a de terra") también en clave geográfica local). Desde Bueu, en la península de Morrazo, la distancia a Ons se aproxima a las nueve millas marinas. Desde Portonovo, en un recodo de Sanxenxo, apenas existen seis. Sin embargo,

la isla —"A Illa", en gallego, como es conocida en la costa sin que haya necesidad de incluir su nombre— depende administrativa y vitalmente de Bueu. "Foi cando a

logía podría hacer más fáciles sus condiciones de vida en Ons. Hay, no obstante, un premeditado silencio en torno al problema.

Desde el espigón que hace las veces de puerto se ve alejarse al Mar del Plata para iniciar su trájin de la "recogida" del palangre. El espigón se manifiesta incapaz de dar refugio, cuando los vientos soplan de través (Suroeste o Poniente), a la flotilla pesquera de la isla. Hay una promesa, repetida todos los veranos cuando "las autoridades de tierra" van a solazar a sus amigos con marisco: "No se preocupen, este año —dicen a los nativos— va lo del dique de abri-

que alternan cargos administrativos con el suministro y avituallamiento de sus convecinos. Unos y otros son el resultado —agudizado indudablemente por su carácter de isla— de la desinformación que envuelve a Galicia. En las costas cercanas y desde luego en los núcleos urbanos como Vigo o Pontevedra, la opinión pública ignora la problemática —e incluso la existencia— de los isleños de Ons.

El viajero abandonado a su suerte en "A Illa" puede optar por concurrir a cualquiera de los dos centros de convivencia isleña. Ambos próximos, encarados, en sendas márgenes del camino que



La vertiente Este —"a de terra"— de Ons está cultivada. Los hórreos comienzan a ser abandonados.

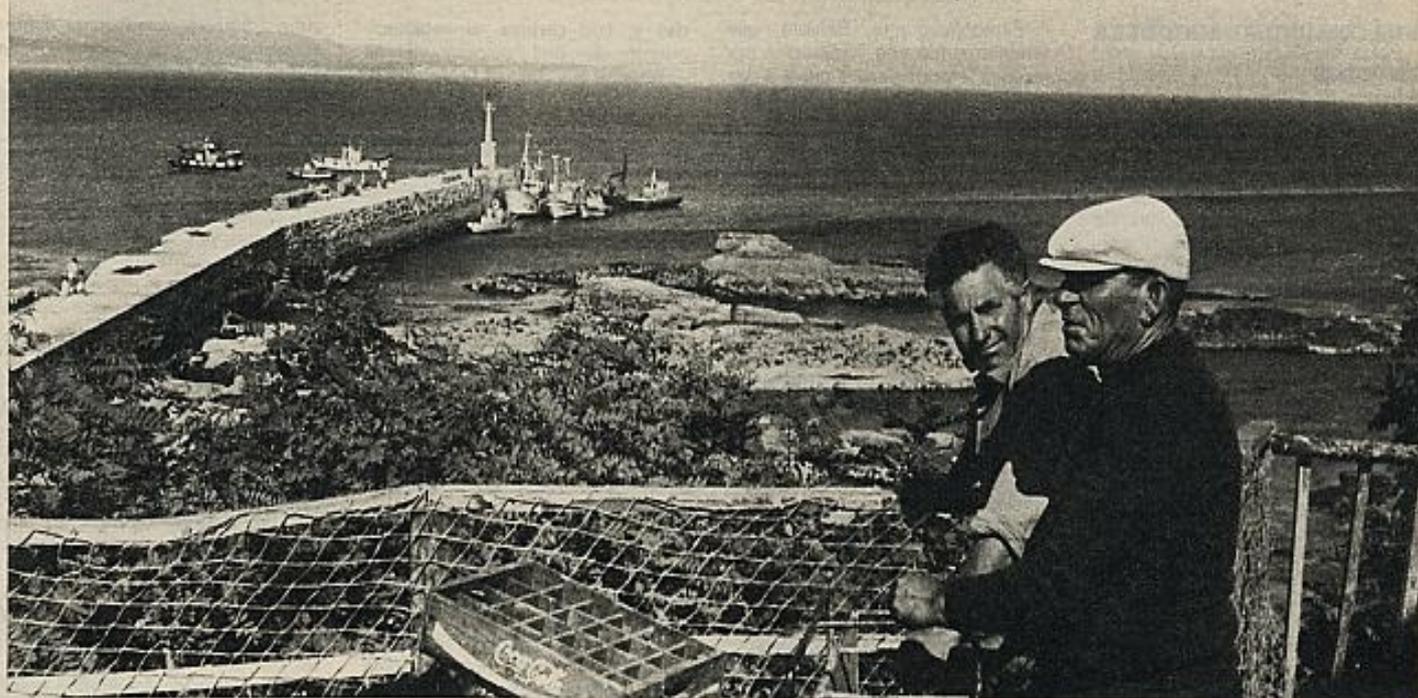
guerra —aclara Chiño— viñeron os militares, quitaronsella a os seus amos, e deronsella a administrar a Messó, o das conservas". Es poco convincente, en todo caso, el origen de la propiedad en Ons. En todas las rías cuando se menciona el hecho hay disparidad manifiesta de criterios. O no se sabe o se responde vagamente con un: "E do Estado".

Los isleños, arrendatarios ya que no propietarios, han comenzado a abandonar la isla. Es un éxodo que implica matices oscuros, poco definidos. Se establecen en Bueu, en Portonovo, e incluso en el Grove o en Beluso, que es la parroquia a la que "pertenece" Ons. (La vinculación del gallego rural y marinero a la concepción religioso-administrativa de la parroquia, más que al Ayuntamiento, es un hecho frecuentemente comprobado, como ya ha explicado exhaustivamente Carmelo Lison en su Antropología Cultural de Galicia.) Inexplicablemente la comunidad marinera y campesina deserta cuando precisamente la técnico-

logía. Es un rito en el que en la isla ya nadie cree. Arranca el espigón de una escollera nacida en la playa central de la isla (Ons tiene tres playas orientadas a tierra) y se adentra escasos metros hacia levante, los mínimos necesarios para evitar el roquerío en bajamar. Ya en el inicio de la costanilla que penetra en la principal aglomeración de viviendas (una concentración de casi ocho casas, más escuela e iglesia), un gigantesco cartel advierte a cualquier posible pretensión del viajero que "A Illa de Ons" pertenece al patrimonio del Estado, bajo la prudente administración del YRIDA, complejo organismo que tuvo como cabeza pensante a Alberto Ballarín Marcial, padre del asociacionismo y procurador orgánico en la dictadura pasada. Ahora, naturalmente, demócrata de UCD.

"Nos trabajamos a terra —comenta con acritud un isleño curtido de faener— temos dereito a ser os propietarios". La actitud sordamente contestataria no es compartida por los comerciantes de Ons,

desde el espigón trepa por la isla. El bar de Checho se recuesta en una breve mesetilla, abalconado y debruzado sobre el puerto. El de Manolo (conocido su propietario como "o garrulo" y también como "o roxo") extiende sus bancas de madera en el camino, entre cajas de cervezas, redes y nasas. El bar de Manolo (casa Acuña reza en el cartel) produce una limitadísima cantidad de hielo, ya que la "corriente" está racionada en la isla (un motor de gas-oil produce cuatro horas diarias de electricidad). Manolo "o garrulo" sirve a los visitantes y nativos pulpo cabalgando sobre descomunales patatas cocidas —"polvo con cacheloso"— y, salvando las desconfianzas en época de veda, nécoras y centollas, ya que uno de los lugares reputados como inmejorables para la captura de estos crustáceos es precisamente el canal entre la isla y el islote de Onza (Onseta), en la punta Da Porta, o la de Fedorentos.



El bar de Checho se recuesta en una breve mesetilla, abalconado y debruzado sobre el puerto.

En la otra margen del camino, en el bar de Checho se concentran pescadores de Bueu y el Grove que juegan a las cartas con los isleños jóvenes. Propinan sonoros golpetazos sobre las mesas largas, de pino, descamadas por los continuos fregoteos con lejía. Las mujeres del clan Checho, sentadas en cajones y sillas bajas, pelan patatas sin interrupción. En el bar de Checho se obtienen casi todos los productos de consumo de la isla. Actúa de ayuntamiento y or-

ganismo estatal. Está rodeado de un cierto empaque como corresponde a todo centro de poder. Checho —aseguran los isleños— "conoce a toda clase de xente, lo mismo a un Malvar, que a un Cabanillas, que a un Puig Galte...". Su inmenso poder queda patentizado en la posibilidad de cortar la luz cuando estima que "ya se ha gastado suficiente ese día".

El ritual de la diversión en Ons consiste en visitar alternativamente los dos locales. Hay un trasie-

go de bebedores que cruzan el camino para probar el vino "do roxo" o los calamares de Checho. Unos metros más arriba, tras las escuelas de cemento y ladrillo, amazotadas, no exentas de cierta monumentalidad, fascista, y de la iglesia nueva que recuerda a un silo, se acaba la vida social. "En Ons non lle hai moita diversión, señor" abunda uno de los más viejos que se niega a dejar la isla. Desde luego, en casa de Checho existe la inevitable antena de televisión que permite ver algunos programas por la noche, cuando Checho conecta la luz. "Non crea, cando foi das eleccións, coneitei incluso polo día", aclaran para matizar el interés político en la isla.

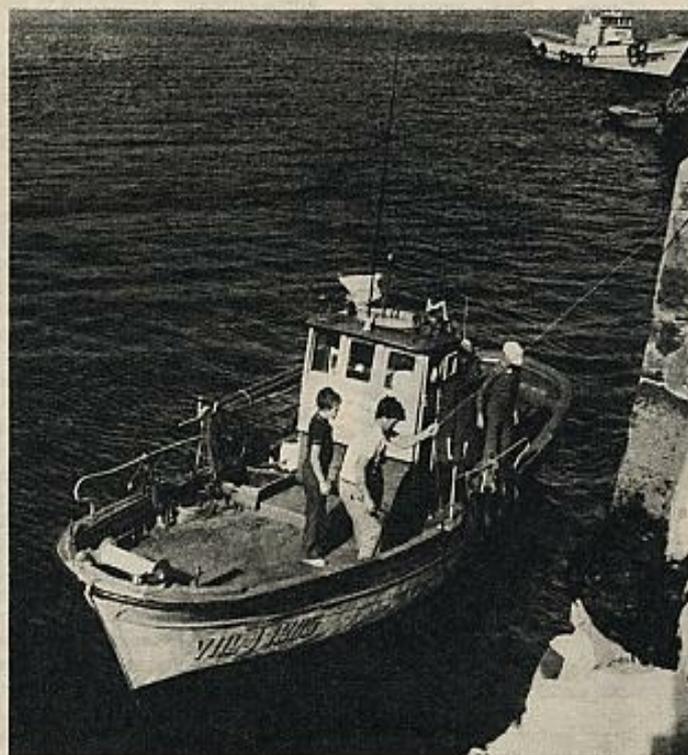
La comunidad de Ons está en crisis. No solamente por el nuevo enfoque de las razones económicas de su existencia (al armarse la flotilla de barcos más amplios, de gas-oil, ya no necesitan residir cerca del caladero de pesca), sino también —y esto pudiera ser lo más definitivo y alarmante— por la quiebra de las bases sociales que habían venido operando hasta ahora. "Vanse todos pra terra", comentan con tristeza en las casas diseminadas por O Curro —un montículo en cuya cima se halla el faro—, la mayoría de ellas ya abandonadas. Las gentes de Ons, imbuidas de una lógica concepción marinera de su existencia, consideran terra a la costa de la península, aceptando el símil de que la isla es como un barco perennemente fondeado. El sentido de comunidad pesquera —y subsidiariamente campesina— se ve desbordado por la tecnología, además de toda una conjunción de intereses que fuerzan a la colonia a desertar. La Administración contempla impasible esta huida que ella propicia, porque para Ons cuentan



otros planes de momento apenas esbozados.

Con algo más de 10 kilómetros de Norte a Sur y menos de dos en su parte más ancha, además del islote de "Onseta" y algunos peñascos como los que asoman más allá de la Punta del Cantelo (Centulo dicen con la característica fonética isleña), Ons supone una "propiedad" estatal valiosa como centro de paso de aves migratorias y, lógicamente, como caladero de pesca. Unas millas al Noroeste se encuentra la Isla de Salvora, de una extensión parecida, pero de forma oval. Desde Ons se adivina entre la bruma. Es, el inagotable caballo de batalla de los isleños. La historia de ambas islas desde 1936 pudiera ser una de las claves explicativas de la situación actual.

Antes del 18 de julio de 1936, Ons era una propiedad privada. Salvora, por contra, era patrimonio del Estado. Ambas islas fueron militarizadas durante el conflicto —la guerra civil—, situándose en ▶



El Mar del Plata prueba suerte cada noche con el palangre.

UNA COMUNIDAD MARINERA

EN CRISIS

ellas destacamentos de vigilancia y tendido de minas para cerrar las bocas de las respectivas rías de Pontevedra y Villagarcía. "Pertenece a o ramo da guerra", comentan los viejos. Esta "ocupación" de las autoridades militares fue pareja con la tragedia —hoy ya elevada a la categoría de mito en Ons— de los propietarios. La familia Rioboo era conocida como republicana. Había hecho diversos experimentos para parcelar la isla y ceder a la comunidad los terrenos que trabajaba, reservándose el propietario, médico forense en Vigo y Villagarcía, una casa y una pequeña finca. "Era masón", cuchichea un testigo de la época, mirando receloso a la playa como si fuesen a detenerlo. "Era republicano y masón; ya en los primeros días del Alzamiento andaban los fascistas detrás de él". El forense llegó a la isla con los falangistas —según algunas versiones— pisándole los talones y allí se ahorcó. La leyenda de Ons mitifica al personaje al que cubre de bondades. "O ahorcado era como un pal pra nos", comenta una mujer que "servía" en su casa en los últimos momentos. La mujer del propietario, de origen italiano, pero con pasaporte argentino, creyó más prudente cambiar de aires. No tenían hijos. Tras la ocupación militar, "por razones estratégicas", la isla quedó en administración permanente del Estado. Primero se le encargó su control al más acudado conservero de Galicia, Massó, que era "persona afectada al Movimiento", y posteriormente al Instituto de Colonización.

Paradójicamente, Salvora, que también sufrió una "ocupación por razones estratégicas", pasó a ser propiedad privada del marqués de Rubianes, demostrándose que "el Alzamiento en Galicia era para defender a la Patria", como comenta jocosamente un parroquiano habitual del bar de Manolo. Ya en la costa al viajero se le hacen serias advertencias sobre un posible viaje a Salvora. "Si chega de noite, peganlle un tiro, hai moito contrabando en Salvora... e millor que non vale". La mitología de las Rías Bajas ha consagrado los dos hitos, la muerte (ahorcado) del masón en Ons, y el peligroso centro de contrabando en Salvora. Toda una corriente de chistes, refranes y consejas se han formado en torno a estos hechos. En los niveles oficiales no se dan explicaciones sobre este punto. En la isla se confía en que el diputado socialista Francisco Bustelo o el senador democrático Paz Andrade solicitarán una investigación de los orígenes de la propiedad en Ons. "Os outros (UCD y AP) xa se sabe pra quen botan as redes", sentencian.

"En Ons, con ser pequena, xa houbo tres razas", explica Xaquín, que habita con su extenso clan en el extremo Sur, en el lugar llamado Canesol. Es otra de las leyendas populares. Se refiere a tres poblamientos a lo largo de su historia. Los tres tradicionales (moros, vikingos y celtas de la costa). La esquematización resulta de gran belleza literaria, pero no aporta ninguna base científica. Es indudable que existió una fortificación que grupos de piratas sarracenos consolidaron en la isla. Aún hoy permanecen los restos de las cimentaciones y una cueva —posiblemente un pasadizo— en la que se busca infructuosamente oro. También hubo invasiones norman-

das y, con certeza, el establecimiento de una colonia vikinga —como la de Río de Osos, próxima a Bayona y la Guardia— que ha dejado una amplia huella en algunos de sus habitantes (rubios y rojos). La última "repoblación" tuvo lugar en la posguerra, cuando Massó —conservero, miembro de una dilatada dinastía de catalanes establecidos en las Rías Bajas para la industria de la conserva y el salazón— decidió "enviar a la isla" a unos nuevos colonos desde Bueu, en donde uno de los del clan Massó es siempre alcalde. "Levou a os mais roxos (de izquierdas) ou os que lle molestaban", dice Xaquín. En la posguerra Ons llegó a tener casi 700 habitantes. Hoy sólo posee 22 casas en pie y cabe pensar que el próximo invierno ni tan siquiera 50 personas permanecerán en la isla. "Quedamos diez familias", comentan en casa Checho algunas mujeres que han bajado a comprar.

En Ons nunca hubo médico —salvo el ahorcado—, y sus habitantes basaron su salud y seguridad en algún practicante que desde la costa (cuando no hay temporal) visita periódicamente la isla. "O terrorero ten moito ollo pra as enfermidades", aseguran. Basándose en las apreciaciones de algunos vecinos, los enfermos viajan a terra cuando parece que los suyo no se puede solucionar con la práctica local. Innumerables remedios en los que se mezcla la superstición y una interesante dosis de sentido práctico de la medicina natural, han sido en los últimos años el único recetario útil para los isleños.

"Xa fai mais de ano e medio que non ven o cura" —asegura Xaquín sin dar muestras de preocupación.

"Gracias a Dios" —replican al-

gunas mujeres que dan de comer a gallinas y patos—, porque esos sempre veñen a pedira".

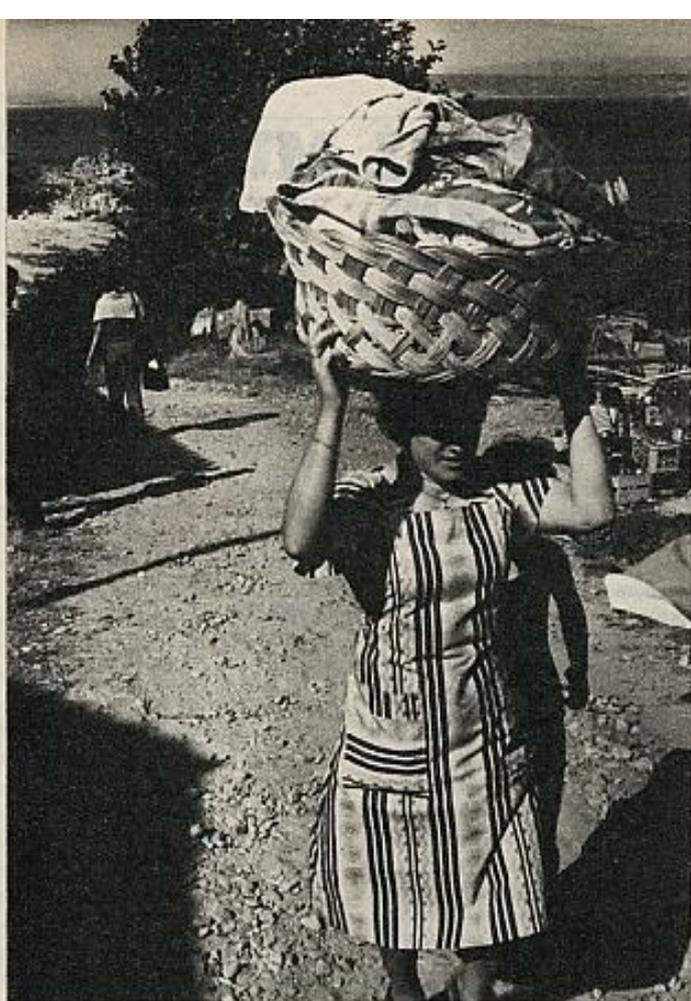
Como en numerosos lugares gallegos, el sentimiento religioso no está muy arraigado, lo que no excluye, por otra parte, la existencia de unas profundas supersticiones ligadas a fuerzas naturales y explicadas por toda una mitología animista y panteísta. El Instituto de Colonización se vio en la obligación de construir una iglesia próxima al embarcadero —la de la isla, San Xaquín, estaba en un extremo hoy dedicada a capilla del cementerio— para "centralizar los servicios en un punto". El resultado fue un "bunker" de cemento pintado de amarillo mortecino, con aspecto de granja-escuela sindical. En la fachada unos azulejos recuerdan a San Xaquín, muy milagroso con los naufragos. Permanece cerrada salvo en las fiestas, a finales de agosto, en que viene un sacerdote de Beluso y hay Misa. Sin embargo, el festejo popular se celebra en los prados próximos a la antigua capilla, cerca de Pireiro, frente a una playa cerrada por un roquedal. Para una Misa al año, el "bunker" resulta extremadamente costoso.

El ritmo de la comunidad es pausado. El sentido colectivo funciona en casi todos los hitos de la vida cotidiana. Los vecinos ayudan solidariamente en la recogida de cosechas. Previamente cada uno ha sembrado lo que cree que necesitará utilizando la extensión que desee (todo se resume después en el pago de un canon anual a la Administración en función del terreno ocupado). Igual sucede con la descarga de las artes de pesca o con la reparación de redes. Si había de construirse una casa (bastaba con señalarlo a la Administración), funcionaba la institución denominada *carrato* (la aportación, acopio y traslado de materiales a cargo de la comunidad). Incluso en la construcción intervenían la mayor parte de los vecinos hasta su finalización o al menos hasta cubrir aguas. Por término medio cada familia paga un canon que no alcanza las mil pesetas anuales. Antes de 1936 los isleños estaban exentos de impuestos por "su contribución a la defensa de las costas y su apoyo a la navegación auxiliando naves y naufragos".

Si el viajero aborda en verano la playa de Mellide —terza y blanca, con algunas *dornas* varadas en sus arenas— puede sorprender a numerosos grupos de jóvenes de aspecto apacible cantando a coro acompañados de guitarras. No son, como pudiera parecer, una fantasmagórica reunión de "hippies". Son juventudes de las colonias evangelistas —los "protestantes" como son llamados en la costa, donde abundan— que tienen en Ons un campamento desde hace años. Se muestran afables y son muy apreciados por los isleños. La numerosa colonia evangelista en las rías gallegas es, pese



La *dorna* es una embarcación venida a menos. Los *dorneiros*, carpinteros de ribera capaces de realizarla, están en trance de desaparición.



Con la puesta de sol, las mujeres ascienden a sus viviendas esparcidas por la ladera del Chan da Polvora.

a todo, minoría, y como tal actúa a base de ejemplo y militancia. En la isla los "protestantes" tienen fama —ganada indudablemente— de honrados y cumplidores. "Po-de un deixare con eles a casa aberta, son bos xente", aseguran las mujeres. En el atardecer, las vecinas —jóvenes y mayores— se acercan al campamento, próximo también al espigón y se sientan silenciosas en un poyete que corre paralelo a su portón de entrada. Se organiza una insospechada reunión en la que, entre frases en gallego, se cantan himnos sacros o se dan consejos de "cómo retirar la teta a los niños de más de dos años", por ejemplo. Resulta irreal oír cantar a las jóvenes evangélicas "El Señor es mi camino", mientras las nativas —enlutadas, de ojos asustados y penetrantemente claros— escuchan, al tiempo que desescaman pescado o pelan patatas, que parece ser una ocupación eminentemente femenina en la isla. Con la puesta de sol, ya casi en sombra, ascienden a sus viviendas esparcidas por la ladera del Chan da Polvora.

En Ons se pesca pulpo, centolla (de tal manera que la geografía isleña ha incorporado el nombre de Centulo para designar dos prominencias, *Centulo grande* y *Centulo pequeno*) y calamar. No menos de cuatro —y generalmente siete— intermediarios se interponen entre el marinero de Ons y el consumidor. Ambos salen perjudicados de estas cadenas de espe-

culación. También existen en la isla, "por fora", escollos con colonias de percebes. Sin embargo, la actuación sistemática y vandálica



El espigón arranca de una escollera nacida en la playa central de la isla (Ons tiene tres playas orientadas a tierra), y se adentra escasos metros hacia Levante. En la fotografía, nasas dispuestas para la captura de centollas.

de los hombres ranas han casi agotado el criadero natural. Cada vez es más arriesgado arrancar esos percebes en las rompientes de poniente. En todo el litoral, y muy directamente en las islas —Cies, Ons, Salvora, etcétera—, mueren hombres que apenas obtienen el 10 por 100 del valor final del percebe en el restaurante.

Salvo algunos privilegiados, la mayor parte de los pescadores de la isla utilizan para sus capturas locales las *domas*. Es esta una embarcación venida a menos. De bella factura —con dos prolongaciones en proa y popa, lo que delata su origen vikingo, como la mayoría de las embarcaciones del litoral atlántico galaico-portugués—, la *doma* tiene una complicada elaboración. Los *domeiros* —carpinteros de ribera capaces de realizarla— están también en trance de desaparición. El último *domeiro* en Ons abandonó la isla hace unos meses. Se estableció —como gran parte de los emigrados— en Bueu. Algunas familias después de una generación retornan a su origen.

Desde la Punta de Centulo la tierra más próxima es el gran playal de la Lanzada. En su extremo Sur se halla la ermita de Nuestra Señora de la Lanzada, especializada, como su nombre indica, en "lanzar demonios". Continúa el culto y algunas familias isleñas mandan a las hijas a depositar un ramillete de flores recogidas entre las rocas, al pie de la ermita. También allí se mecen fondeadas algunas de las últimas *domas* que, tras su período de esplendor han

caído en desgracia. Son sustituidas por barcas ligeras, de motor.

La comunidad en descomposición mantiene aún sus normas familiares. Una moral sexual diferente, más amplia, en definitiva más libre —lo que en Galicia, con respecto al resto de la Península, es ya una realidad—, regula los matrimonios. El noviazgo es generalmente una "prueba" en la que la pareja no se casa hasta tener hijos (hasta hace poco se "cumplía" por parte del novio, casándose cuando nacía el primer varón). Los matrimonios se celebran generalmente en terra, ya que hay una atracción especial de la parroquia para los ritos trascendentales. Hasta hace pocos años el matrimonio implicaba una actitud reticente por parte de la novia que simulaba no querer abandonar la casa materna —a pesar de ya haber tenido uno o dos hijos— hasta que era "forzada" por los concurrentes, por su insistencia, a dar el sí. Los festivales, de cierto sentido dionisiaco, en la celebración de las bodas o bautizos se veían acompañados de un continuo repicar de "pandeiros" que, a diferencia de los de la costa, se tocaban haciendo bailar unas piedras pulidas —de plays— en ellos. Aún ahora quedan algunos *pandeiros de pedras* en la isla, pero los vecinos prefieren, naturalmente, los "transistores".

Ya en el embarcadero, en la espera del *Mar del Plata*, se oye la historia —elevada a su vez a leyenda oficial— del joven sueco, becado para estudiar el origen nórdico de las *domas*. Acabó casándose con una isleña en 1965 y ahora es profesor de Idiomas en Marín, en la Escuela Naval. "Era como un de nos", aclaran para indicar la afabilidad del sueco. El *Mar del Plata* se cruza con numerosas embarcaciones que abordan la isla. Son los nuevos habitantes durante el verano. Campistas, clases medias de los pueblos de la costa y frecuentemente la oligarquía conservera y financiera de Vigo, Pontevedra o Villagarcía. Llegan en yates, a vela o motor, e invaden la isla de papeles, envases y colillas. Presentan un preocupante interés por la posibilidad de arrendar las casas desocupadas y atraviesan impunemente los sembrados. Los de Ons aguardan pacientes. El largo invierno —que a veces incomunica a la isla— alejará a estos nuevos invasores.

En el *Mar del Plata* se habla de la isla Dragonera y de la atención que ha despertado. "Aquello era diferente —dice Chiño—, peligraban os paxaros, aquí en Ons, as persoas; e eso xa se sabe... non lle interesa a ninguen". Costeando los arenales de Montalvos, el *Mar del Plata* se cruza con un yate de recreo, el *María B.*, en la cubierta contempla la costa, sossegadamente, el ministro de Cultura y Bienestar, Pio Cabanillas. "Va pra o seu pazo", comenta Chiño sin el menor deje de envidia. ■ F. G. (Fotografías del autor).